

RICARDO KREBS

CINCUENTA AÑOS DEL
INSTITUTO DE HISTORIA, 1943-1993

La Pontificia Universidad Católica de Chile fue fundada en el año 1888 como respuesta a los desafíos que debía afrontar el catolicismo chileno a raíz del avance de las tendencias antirreligiosas y anticlericales. El clero y los dirigentes laicos no se sumieron en pasiva resignación, sino que emprendieron resueltamente la lucha para que Chile siguiera siendo un país católico. Para ello parecía imprescindible formar una elite intelectual capaz de asumir la dirección de la sociedad. Era indispensable poder competir en la lucha por el poder político. Monseñor Joaquín Larraín Gandarillas, el principal promotor de la fundación y primer Rector de la Universidad, otorgó por eso primera prioridad a la creación de la Escuela de Derecho. La República de Chile, al igual que su admirado modelo, la III República francesa, era una república de abogados. Se necesitaba de dirigentes católicos con formación jurídica para que pudieran ocupar un asiento en el Parlamento, asumir un ministerio o desempeñarse en algún alto cargo administrativo. Por otra parte, Abdón Cifuentes, otro de los principales promotores de la fundación de la Universidad, lo encontraba igualmente importante formar a profesionales capaces de promover el desarrollo económico del país. Criticaba duramente la educación que impartía la Universidad de Chile, una educación seudohumanista puramente teórica que formaba a burócratas que sólo anhelaban conseguir un cómodo puesto en la administración fiscal. La Universidad Católica tenía por misión formar a ingenieros, arquitectos, agrónomos y técnicos, profesionales prácticos capaces de tomar iniciativas y de promover el desarrollo económico y social del país. En conformidad con estos planteamientos, las primeras carreras que se crearon en la Universidad fueron las de derecho, ingeniería, arquitectura y agronomía. Bajo los primeros Rectores, no hubo cabida en la Universidad ni para teología, ni para filosofía. Quedó establecida entonces una tradición que marcaría profundamente a la Universidad y que se mantendría hasta hoy en día. No es una casualidad que hasta la fecha las unidades científicas y técnicas, orientadas hacia fines prácticos y útiles, sigan ocupando un lugar central en nuestra Universidad.

Un primer cambio se produjo bajo el Rector Casanueva. Don Carlos Casanueva se propuso desde el primer día de su rectorado convertir a la Universidad en una Universidad completa. No debía faltar ninguna de las Facultades clásicas de las universidades europeas. Era absurdo que una Universidad de la Iglesia careciese de una Facultad de Teología. Era inaceptable que en una Universidad que tenía por tarea dar formación integral a sus alumnos no existiesen los estudios humanísticos.

En el año 1925 el Consejo Superior dio su aprobación a la fundación de la Facultad de Filosofía. Esta, a diferencia de todas las otras Facultades, no contaba con una escuela profesional, sino que tenía por función ofrecer cursos libres a un público interesado y, en particular, a profesores de liceo y a estudiantes del Instituto Pedagógico que querían completar la formación laica que habían recibido con una visión católica de la naturaleza y de la historia. La Facultad pudo contar con los más distinguidos representantes de la intelectualidad católica de entonces. Los cursos de historia fueron encomendados a José María Cifuentes, hijo de don Abdón, distinguido abogado y profesor. Era la primera vez desde la fundación de la Universidad que se impartía en ella un curso de historia. Y es bien significativo que este primer curso como también los cursos que José María Cifuentes impartió en los años siguientes estuvieran dedicados a la historia universal. La intelectualidad chilena y así también la intelectualidad católica se sentían tan estrechamente ligadas a la cultura europea que los temas preferidos eran los de historia de Europa. José María Cifuentes tuvo sus mayores éxitos con sus cursos sobre la historia contemporánea europea en que se refirió a la 1ª Guerra Mundial, a la crisis del 29, al nazismo alemán, al fascismo italiano y a la Rusia bolchevique.

Con la fundación de la Escuela de Pedagogía a fines del año 1942 se inició una nueva etapa. El crecimiento cuantitativo de los colegios, la relativa disminución de los sacerdotes en los colegios congregacionales y las exigencias del Ministerio de Educación hicieron ver la necesidad de dar formación profesional y de titular a religiosos y a laicos católicos para que se desempeñaran como Profesores en la Educación Secundaria. La Escuela inició sus actividades el 10 de abril de 1943 con sólo dos departamentos: el de Castellano y el de Historia y Geografía. Hace cincuenta años se instauró en esta Universidad la enseñanza sistemática de historia y geografía.

La Escuela logró contratar para el Departamento a algunos profesores de reconocido prestigio. Manuel Abascal Brunet, destacado catedrático del Instituto Pedagógico, se hizo cargo de la cátedra de Geografía Descriptiva; Santiago Peña y Lillo, Director General de Enseñanza Secundaria del Ministerio de Educación y también Profesor del Pedagógico, tomó el curso de Geografía Física. La cátedra de Historia de Chile fue encomendada a Jaime Eyzaguirre, profesor de Historia del Derecho y de Historia Constitucional de Chile en la

Escuela de Derecho de la Universidad Católica. Era un brillante expositor que fascinaba a su público. Su concepción de la historia estaba arraigada en su profunda fe religiosa y en su concepción hispanista. En oposición a la interpretación racionalista y positivista de la historia de Chile que condenaba el oscuro y triste pasado colonial, Jaime Eyzaguirre explicaba que Chile había nacido a la historia y había ingresado a la historia universal a raíz de la llegada de los españoles. La colonización española había sido obra de hidalgos y misioneros. El legado español había impreso su sello a la sociedad y a la cultura chilenas.

La cátedra de Historia de América fue confiada primero al profesor Orlando Peña. Sin embargo, al poco tiempo, la Dirección de la Universidad decidió prescindir de sus servicios y nombró a Carlos Grez Pérez, prestigioso profesor del Instituto Nacional, famoso por sus dotes histriónicos. Ninguno de sus alumnos olvidaba jamás su dramatización de los episodios más famosos de la historia americana. Como docente tenía la virtud de obligar a sus alumnos a leer las crónicas y otros documentos originales. Entre sus publicaciones se destacaba el estudio intitulado "Los intentos de unión hispanoamericana y la guerra de España en el Pacífico".

Junto a los profesores de reconocido mérito fueron contratados dos profesores jóvenes que recién iniciaban su carrera académica.

La cátedra de Historia Universal fue entregada a Ricardo Krebs, que medio año antes había regresado de Alemania donde había hecho estudios de Historia, Filosofía y Filología en las Universidades de Bonn, Gotinga y Leipzig. Tenía apenas veinticinco años y carecía de toda experiencia docente, pero podría aportar la metodología que había aprendido en la Universidad alemana y que obedecía al principio de que la enseñanza universitaria, más que transmisión de materia, debía ser la enseñanza de las categorías y de los métodos propios de la disciplina con el fin de capacitar al alumno para elaborar su saber.

Mario Góngora fue nombrado ayudante para orientar y dirigir la investigación. Como Jaime Eyzaguirre no se acostumbró al ambiente de la Escuela de Pedagogía y renunció a su cátedra, ésta fue encomendada a Mario Góngora en el año 1949. Mario Góngora había estudiado Leyes en la Escuela de Derecho, había sido ayudante del profesor Roberto Peragallo Silva en la cátedra de Filosofía del Derecho y en 1940 había comenzado a estudiar Historia en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile donde obtendría en 1944 la Licenciatura en Filosofía con mención en Historia. Ya temprano mostró su excepcional capacidad para la investigación y su singular don de determinar el significado universal del fenómeno histórico individual y de elevar el pensamiento a un alto nivel de abstracción.

La enseñanza de la Historia y la Geografía tuvo en un comienzo, al igual que la enseñanza en toda la Escuela, un carácter marcadamente escolar. Cada

curso constituía una unidad cerrada. Había un currículo fijo y un plan rígido de pruebas y exámenes. Los alumnos eran promovidos de año en año. Los que fracasaban en dos o más ramos debían repetir el año. Los estudiantes se preparaban para los exámenes mediante la rememoración de los apuntes de clase. La Escuela carecía de una biblioteca. Para cada asignatura había un solo profesor. El profesor de Historia Universal debía enseñar en tres años toda la historia universal desde el antiguo Egipto hasta la II Guerra Mundial. El profesor de Historia de Chile debía explicar toda la materia desde las poblaciones indígenas hasta los Presidentes radicales. Había que desarrollar preferentemente los temas que figuraban en los programas de la Educación Secundaria. Sin embargo, desde un comienzo los profesores se esforzaron por situar los estudios en un alto nivel académico. Los profesores, siendo muy distintos los unos de los otros, estaban unidos por la convicción de que la enseñanza de la historia debía ser más que la mera transmisión de conocimientos. Ellos mismos se dedicaban a la investigación, tenían publicaciones y sentían vocación de historiadores. Tenían una vivencia directa de lo que era la labor del historiador. Estaban convencidos de que el estudiante, más que aprender datos, debía aprender a pensar la historia.

Ese viejo Departamento de Historia y Geografía, pequeño, sin recursos y sin una actividad académica propiamente tal, llevó a cabo, no obstante sus limitaciones, una labor importante y útil. Por primera vez se realizaban en la Universidad estudios históricos sistemáticos. El mismo carácter escolar, con su rigidez y su falta de estímulos para la iniciativa personal, tuvo también sus ventajas. Cada curso se constituyó como una verdadera comunidad que no se limitaba a los estudios, sino que emprendía muchas otras actividades en común. Inolvidables son para todos aquellos que pasaron en aquellos años por la Escuela las fiestas de recepción de los novatos y las fiestas de fin de año, en que cada curso debía preparar algún número. Se produjo en el Departamento una interesante experiencia de integración social. En aquellos años, las alumnas, en su mayor parte, provenían de los estratos sociales superiores y venían de las escuelas particulares. Los muchachos, en cambio, provenían, en su mayor parte, de las clases medias. Se habían educado en el liceo o en las escuelas de los maristas y de los salesianos en las ciudades de provincia. La experiencia de los estudios en común y la estrecha convivencia hicieron caer barreras, prejuicios y diferencias. Se establecieron contactos y se produjeron amistades que se mantendrían durante toda la vida. Los alumnos, por encima de todas las diferencias, estaban unidos por el firme propósito de dedicarse a la educación. Los egresados, en su gran mayoría, se desempeñaron, efectivamente, como profesores y muchos de ellos lograron hacer un excelente papel como maestros y como directores. En aquel tiempo, la carrera de pedagogía gozaba aún de prestigio social y el profesor era un miembro respetado de la sociedad.

El desarrollo posterior del Departamento de Historia y Geografía estuvo caracterizado por una progresiva elevación de los niveles académicos. Se dio al Jefe del Departamento una media jornada. En 1964 se contrataron los primeros profesores de jornada completa. Aumentó el número de profesores, quedando reconocido el principio de que el profesor debía ser un especialista en su campo y que debía ser un investigador, capaz de promover el desarrollo de la ciencia histórica. Durante algún tiempo, el Departamento tuvo que recurrir a profesores que se habían formado en otros partes, como los profesores Javier González, Armando de Ramón y Fernando Silva que habían cursado estudios de derecho en la Escuela de Derecho o los profesores Julio Retamal, Patricio Estellé, Gonzalo Izquierdo y Sergio Villalobos que se habían titulado en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Finalmente llegaría el momento en que el nivel alcanzado permitiría preparar a sus propios egresados para que siguieran la carrera académica. Surgiría una primera generación de profesores formados en el mismo Instituto: Horacio Aránguiz, Juan Eduardo Vargas, René Millar y Ricardo Couyoumdjian.

Uno de los hitos importantes en este desarrollo fue la fundación del Centro de Investigaciones Históricas en el año 1964. El Centro, cuya dirección fue asumida primero por Armando de Ramón y luego por Julio Retamal, tenía por objeto fomentar la investigación, organizar los seminarios y guiar a los ayudantes. Una donación de la Fundación Rockefeller permitió pagar becas a tres ayudantes y financiar sus investigaciones. Permitted crear una primera biblioteca especializada, para la cual se pudieron adquirir las colecciones de documentos y las obras clásicas de la historiografía chilena. Los fondos alcanzaron para comprar también algunos muebles que eran indispensables. De aquel tiempo data la gran mesa de nuestra Sala de Consejo, que ha sobrevivido todos los cambios de las estructuras universitarias, los cambios de las autoridades y las mudanzas desde Alonso Ovalle hasta Apoquindo y desde Apoquindo al Campus Oriente.

Con el tiempo, el Departamento dejó de ser una institución dedicada exclusivamente a la formación profesional y creó condiciones que le confirieron rango de institución académica científica.

Por estos motivos se hizo fácil acoger la reforma de las estructuras académicas que se puso en práctica en la Universidad a partir del año 1968 y que tenía por objeto la concentración de cada disciplina científica en un instituto correspondiente con el fin de promover el desarrollo de la investigación y de facilitar una orgánica interrelación entre ésta y la docencia. Los nuevos planteamientos significaron el fin del antiguo Departamento de Historia y Geografía. Cada ciencia debía ser independiente de la otra y ambas debían ser independientes de la educación.

El Decreto de Rectoría N° 24/70 del 30 de marzo de 1970 dio origen al Instituto de Historia. El 9 de abril fue elegido como primer Director del Instituto el Profesor Javier González Echenique. En solemne ceremonia, presidida por el Rector Fernando Castillo, el Decano Ricardo Krebs y el Director Javier González, se firmó el decreto de creación del Instituto.

El Reglamento del Instituto, en su artículo 1º, señaló que "el Instituto de Historia constituye la unidad académica de la Universidad encargada de promover en ella la docencia e investigación histórica".

El Instituto fue investido del derecho de ofrecer programas conducentes a los grados académicos de Licenciado y Doctor y quedó obligado a dictar los cursos requeridos por las demás Unidades de la Universidad, en particular por la Escuela de Educación.

Los años 1970 y 1971 fueron de organización y reglamentación. Se debatieron aspectos curriculares, institucionales y teóricos. Se reglamentó el grado de Licenciado en Historia y se aprobó el correspondiente Plan de Estudios. En colaboración con la Escuela de Educación se programaron los cursos que se debían ofrecer a los futuros profesionales de la enseñanza. Se discutió un posible programa de Doctorado, pero se llegó a la conclusión de que el Instituto aún no estaban en condiciones de ofrecer este grado. Se crearon los Departamento de Historia Universal y de Historia de Chile y América.

Los progresos alcanzados podían llenar a los miembros del Instituto de orgullo y satisfacción. Sin embargo, conjuntamente con los logros habían surgido también serios problemas. En el antiguo Departamento había existido una gran unidad interna. Profesores y alumnos habían compartido los mismos valores y habían tenido idénticas actitudes frente a la Iglesia, la sociedad y la Universidad. En el curso de la década del sesenta se perdió esta unidad y surgieron distintas posiciones y actitudes. La progresiva diversificación concordó, en parte, con la creciente diferenciación de la ciencia histórica y la aparición de las nuevas disciplinas historiográficas. Mas la discusión no se originó solamente en cuestiones de la ciencia, ni mantuvo un carácter puramente académico. La progresiva ideologización de la vida política e intelectual y las hondas divisiones y violentas confrontaciones que se produjeron en el país se repitieron al interior del Instituto. Los profesores, en su mayoría, mantuvieron una actitud tradicional: señalaron que la ciencia debía estar por encima de las contingencias políticas y desaprobaron los cambios revolucionarios promovidos por la Unidad Popular. Pero también hubo profesores que se identificaron con la política de cambios propiciada por la Democracia Cristiana y con los proyectos revolucionarios de la Unidad Popular. Los más avanzados adhirieron al marxismo y señalaron que el materialismo dialéctico constituía la única teoría científica que era capaz de explicar la realidad histórica y que era, a la vez y ante todo, un instrumento para cambiar la historia.

En los días 18, 19 y 20 de mayo de 1970 se realizó una Jornada de Reflexión durante la cual se debatieron con pasión y vehemencia problemas teóricos y metodológicos. Claramente se manifestaron las distintas posiciones ideológicas. El resultado más importante de las deliberaciones fue el acuerdo de crear como una nueva unidad el Departamento de Historia Económica y Social.

Fueron tiempos agitados. Se sucedieron las discusiones ideológicas en forma cada vez más apasionada, se acentuaron los antagonismos, se llevaron a cabo interminables reuniones para discutir proyectos y proposiciones de reformas y para definir estrategias; se produjeron violentos incidentes, se sucedieron las huelgas, las manifestaciones y contramanifestaciones, se resintió la labor académica.

El Director Javier González sirvió su cargo por el período reglamentario de tres años, haciendo esfuerzos casi sobrehumanos para que el Instituto siguiera funcionando y para salvar su unidad. El 12 de abril de 1973 se eligió como nuevo Director al profesor Gonzalo Izquierdo. Mas éste renunció a los pocos meses por haber aceptado un contrato en la Universidad de Costa Rica. El 30 de agosto de 1973 fue elegido Director el Dr. Julio Retamal.

Al nuevo Director aguardaron tareas difíciles. Hubo que reorganizar el Instituto conforme a las nuevas orientaciones que el Rector Jorge Swett imprimió a la política universitaria.

Se suprimió el Departamento de Historia Económica y Social y fueron contratados algunos profesores nuevos y se llevó a cabo la calificación académica de los docentes, de acuerdo con las pautas fijadas para este efecto por la Dirección Superior. Se revisó el currículo de Licenciatura y se hicieron algunos ajustes. Se aprobó un nuevo Reglamento para el Instituto.

El Dr. Julio Retamal dejó su cargo a comienzos del año 1976 para asumir sus funciones como Agregado Cultural en la Embajada de Chile en París. Durante el año 1976 la dirección volvió a ser desempeñada por el profesor Javier González Echenique. Con fecha 24 de enero de 1977 fue designado Director el profesor Horacio Aránguiz, quien ocupó el cargo hasta el año 1983, fecha en que fue nombrado Ministro de Educación. Por los dos períodos siguientes, la dirección fue ejercida por el profesor Dr. Ricardo Couyoumdjian. Desde 1989 el Instituto tiene por Director al profesor Dr. Cristián Gazmuri.

Durante estos años el Instituto de Historia siguió un desarrollo normal sin experimentar mayores cambios.

El Instituto veló con especial esmero por la calidad de sus profesores y ofreció amplias oportunidades de perfeccionamiento a sus profesores jóvenes. Insistió en que ellos siguieran estudios especializados en universidades extranjeras. Cinco profesores se doctoraron en las Universidades de París, Madrid, Sevilla y Navarra. Para acceder a las categorías de profesor Adjunto o Titular,

el Instituto exige como requisito estar en posesión del grado de Doctor. De los dieciocho Profesores Titulares del Instituto, diez tienen grado de Doctor.

Tres de los académicos del Instituto, los profesores Mario Góngora, Ricardo Krebs y Sergio Villalobos, han sido distinguidos con el Premio Nacional de Historia.

Mario Góngora, la figura más sobresaliente de la historiografía chilena de los últimos tiempos, desempeñó un papel decisivo como docente y como historiador. Fue un maestro que hizo escuela y que trazó nuevos caminos. Su trágica muerte dejó un vacío que no se ha podido llenar. La importancia de Mario Góngora para la historiografía chilena ha sido resumida en las siguientes palabras: "Mario Góngora hizo fecunda, para la historiografía chilena, las más altas formas que ha alcanzado la historiografía universal. El tuvo la capacidad para pensar y repensar las nuevas categorías y los nuevos criterios del pensamiento histórico y los integró orgánicamente a su pensamiento, de modo que no los aplicó mecánicamente, sino que pensó con ellos en forma original la realidad histórica chilena y americana".

El Instituto, afirmando cada vez más su carácter de institución científica, exigió de sus profesores que se dedicaran a la investigación y que hicieran aportes originales a la historiografía. Entre la abundante producción historiográfica de los últimos tiempos se pueden señalar algunas obras que sobresalen por su calidad, su originalidad y su significado para una mejor comprensión de la realidad histórica chilena, como *Ensayo histórico de la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, de Mario Góngora, *Historia del Pueblo Chileno*, de Sergio Villalobos, *Catolicismo y Laicismo*, de varios autores. *Los orígenes de la economía chilena*, de José Manuel Larraín y Armando de Ramón, y *Arte y Sociedad en Chile 1550-1650*, de Isabel Cruz, entre otros.

La docencia y la investigación en todos estos años revelan que los profesores del Instituto han estado atentos a los grandes cambios que se han producido en estos tiempos en la historiografía universal. Ellos han recogido los nuevos impulsos que provienen de la nueva historia económica, de la demografía histórica, de la historia de las mentalidades, de las ciencias sociales.

La madurez que ha alcanzado el Instituto de Historia le permitió establecer el programa de Doctorado que entró en vigencia en marzo de 1983, siendo el único programa de Doctorado en Historia que se ofrece en el país.

Entre los logros del Instituto merece especial mención la Revista HISTORIA que, fundada en 1961 por Jaime Eyzaguirre, se ha publicado regularmente todos los años. Entre los veintisiete volúmenes publicados hasta ahora se destacan el número 8 y los números 21 y 22, los cuales fueron dedicados a la memoria de Jaime Eyzaguirre y de Mario Góngora y que recogen artículos

de connotados historiadores de América y Europa. El fichero bibliográfico que reseña todas las publicaciones que han aparecido en Chile y en el extranjero sobre algún tema de historia chilena y que es obra de Ricardo Couyoumdjian y de sus colaboradores constituye un instrumento de trabajo indispensable para todo historiador que desee investigar sobre la historia de Chile.

La dirección y los miembros del Instituto tienen plena conciencia de que la historia es más que una ciencia para especialistas. El ser humano es un ser histórico. Las sociedades constituyen fenómenos históricos. Para actuar responsablemente en el presente y trazar proyectos inteligentes para el futuro, es necesario recordar el pasado. La ciencia histórica es la racionalización de una actividad inherente a todo ser humano y a toda colectividad humana. Por eso la historiografía no se puede encerrar dentro de sí misma. El historiador no se puede desligar de la sociedad. El Instituto tiene una responsabilidad frente a la sociedad y tiene la obligación de contribuir a que se mantenga viva en la sociedad chilena aquella conciencia histórica que constituye una particularidad de nuestra mentalidad y de nuestra cultura. Consciente de esta responsabilidad, el Instituto de Historia ha colaborado activamente en las labores de extensión realizadas por la Universidad.

Recordando los cincuenta años que han transcurrido desde la fundación del Departamento de Historia y Geografía, me parece que hay muchos motivos para que nos sintamos satisfechos. Sin embargo, al mismo tiempo debemos tener conciencia de que también existen serios problemas.

No sabemos aún qué consecuencias podrán tener las últimas reformas internas. La nueva Licenciatura que implica una baja de las exigencias y los niveles: ¿permitirá mantener y mejorar la calidad o se traducirá en un descenso general de los estudios? El proyecto de Bachillerato: ¿nos permitirá captar buenos alumnos para nuestros programas de Licenciatura y Doctorado o se convertirá este Bachillerato en una simple estación de la cual los mejores alumnos partirán a Periodismo, Derecho u otras carreras que puedan aparecer más atrayentes?

No podemos permanecer indiferentes frente a la grave crisis que existe en la enseñanza básica y media. No nos podemos contentar con delegar la responsabilidad en la Escuela de Educación. Hace poco el Ministerio de Educación presentó planes y programas que prácticamente hacían desaparecer la enseñanza de la historia en los colegios. Por otra parte, disminuye cada vez más el número de estudiantes que se quieren dedicar a la educación. Mas si la historia desaparece de la escuela o si ya no se encuentran personas dispuestas a enseñar historia en los colegios, nuestra sociedad se quedará sin conciencia histórica, se quedará sin memoria. Pero la persona sin memoria no sabe lo que es. Nosotros esperamos que nuestra nación siga sabiendo lo que es y para ello es necesario que siga sabiendo lo que ha sido.

Deberíamos hacer el gran esfuerzo de analizar críticamente la organización académica de nuestro Instituto. Conservamos los dos departamentos de Historia Universal y de Historia de Chile y América. Mas, independientemente de que el término Historia Universal como sinónimo de Historia de Europa es un anacronismo, hay que tener presente que ni la Historia de Chile ni la Historia de Europa constituyen disciplinas científicas. Una ciencia se caracteriza por sus métodos, sus categorías y se conceptualiza. Por eso, la Historia de Chile no es en sí una disciplina científica, sino que nace de la aplicación de criterios y métodos científicos a una realidad histórica determinada. Si nosotros pretendemos ser un instituto científico de investigación y si nosotros queremos formar a historiadores, debemos preguntarnos muy seriamente si la tradicional organización departamental todavía se justifica. La historiografía ha experimentado cambios revolucionarios en los últimos cincuenta años. Hoy en día se piensa la realidad histórica desde la perspectiva de la historia económica y social, de la demografía, de las mentalidades, de la vida íntima, se usan los modelos y sistemas que pueden proporcionar la psicología, la sociología y la politología, se emplean métodos cuantitativos y seriales, se piensa la realidad histórica en función de las distintas formas del tiempo y de la temporalidad, se piensa en permanencias, estructuras, coyunturas y eventos. Cada una de estas disciplinas tiene sus propias metodologías, sus propios planteamientos, sus propios modos de proceder. ¿No ha llegado el momento de repensar la organización de nuestro Instituto, de repensar la organización de la docencia y de la investigación, de pensar y estructurar nuestras actividades, no ya en función de sus objetos, sino en función de los supuestos teóricos, de las categorías y de los métodos de la misma ciencia histórica?

Cincuenta años de enseñanza sistemática de la historia en la Universidad Católica de Chile. Un feliz aniversario que merece ser celebrado. Un aniversario que a la vez invita a mirar hacia el futuro.